



Conferencia de prensa sobre el affaire Jauber, el 21 de junio de 1971. De izquierda a derecha: Pierre Laville, Michel Foucault, Claude Mauriac, Denis Langlois y Gilles Deleuze. Fuente: Wikipedia Commons.

QUÉ PODEMOS APRENDER DE FOUCAULT (AUNQUE NO SEAMOS DE IZQUIERDAS)

Por Miguel Ángel Quintana Paz

A la hora de elegir el filósofo cuya aportación pudiera considerarse la más significativa para la izquierda *wokista* de hoy en día, la candidatura de Michel Foucault (1926-1984) tiene buenas probabilidades de erigirse con tal triunfo.

Bien es cierto que también Jacques Derrida (1930-2004), con su estrategia de «deconstruir» toda dicotomía entre opuestos y toda jerarquía de nuestra tradición filosófica¹, es un digno aspirante a tal título —al fin y al cabo, una apuesta decidida de lo *woke* es la de empezar a desdibujar, o incluso invertir, la diferencia entre lo marginal y lo esencial, lo extraño y lo

1 Jacques Derrida, *Margins of Philosophy*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, p. 195.

normal —. O asimismo cabría recordar aquí a Gianni Vattimo (1936-2023), que mediante su noción de «pensamiento débil» aspiró a que olvidásemos toda pretensión de verdad, y nos quedásemos solo con la «reducción de la violencia» como criterio de actuación² — algo no muy alejado de la obsesión *woke* con eliminar cualquier microagresión, cualquier ofensa, cualquier contundencia argumentativa, sin atención alguna a la realidad de las cosas, sino solo a los sentimientos de agravio u opresión padecidos por las «víctimas» de tales prácticas —.

Incluso podríamos convocar para esta lista de nominados a otros autores de popularidad más reciente en las cátedras *woke*, merced a la aplicación concreta que hacen de sus reflexiones a las áreas típicas de preocupación de este movimiento: pensamos en un Ibram X. Kendi (n. 1982) y sus alegatos en torno al racismo; o en una Judith Butler (n. 1956) y sus textos en torno al género; o en una Donna Haraway (n. 1944) y sus escritos acerca de la tecnología y el animalismo.

Con todo y con eso, si frente a la citada panoplia de pensadores nos atrevemos a escoger a Michel Foucault como el más representativo, ello es así porque, por una parte, reúne en sí la atención a asuntos particulares propia de las últimas figuras que hemos mencionado —Kendi, Butler, Haraway—³, a la vez que, por otra parte, su hálito filosófico es tan ambicioso como para hacer propuestas que atañan a nuestra visión general de la racionalidad, la verdad, el conocimiento o la moralidad — en no menor medida de lo que lo hacen los otros filósofos de largo aliento mentados, Vattimo y Derrida —.

¿Cuáles son las aportaciones fundamentales de Foucault a la nueva izquierda? Roger Scruton supo sintetizarlas en dos. En primer lugar, un impulso relativista, que reduce toda aspiración de verdad a un reflejo de la posición desde la cual se emite — la famosa pregunta «*D'ou parles - tu?*» (¿Desde dónde hablas tú?)⁴ —. En segundo lugar, una preocupación minuciosa por detectar, por desenmascarar, todas las estructuras de poder que están detrás de nuestras prácticas, nuestras instituciones, nuestros

2 Miguel Ángel Quintana Paz, «Adiós a Vattimo, el filósofo que dijo adiós a la verdad», *La Gaceta de la Iberosfera*, supl. Ideas, 15 de octubre de 2023, <https://ideas.gaceta.es/adios-a-vattimo-el-filosofo-que-dijo-adios-a-la-verdad/>.

3 En el caso de Foucault, las áreas de estudio a las que se consagró de modo más específico van desde la sexualidad hasta las enfermedades mentales, desde la medicina a las ciencias humanas, desde la criminología a la historia de las instituciones disciplinarias.

4 Roger Scruton, *Thinkers of the New Left*, Londres, Longman, 1985.

discursos⁵, incluso aquellas más pequeñas⁶ o menos sospechosas, a priori, de esconder un nudo ejercicio del poder.

La primera aportación foucaultiana explica el abandono que hace el nuevo izquierdismo *woke* de todo respeto hacia una idea sólida de verdad; la segunda, su obsesión por identificar cualquier género de opresión que pueda rodearnos, para ponerse a continuación de modo inmediato y rotundo del lado de la presunta víctima en tal relación opresiva. Dicho de otro modo, la primera aportación afirma (y bien que nos lo repetirán luego los *wokistas*) que todo es política (poder) porque nada es verdad de por sí (nada tiene autoridad por sí mismo); mientras que la segunda aportación foucaultiana nos invita a investigar qué tipo de política, qué tipo de poder, se halla imbricado detrás de cada cosa concreta (pues nada será valioso en sí, por su propia vigencia, sino solo en la medida en que lo hace valioso una u otra estratagema de quien ejerza como poderoso ahí).

Ahora bien, aunque por un lado estos dos elementos del pensamiento foucaultiano parecen armonizarse de forma grácil (justo porque todo discurso se emite desde una posición relativa es por lo que resulta posible, y deseable, ponerse a diagnosticar los elementos de poder que están detrás de él, así como de las instituciones en las que se ha producido, arraigado, difundido...), por otra parte ya a Scruton o Roger Kimball⁷ notaron en su día que ambas tesis, si nos las tomamos del todo en serio, se contradicen. Pues, si todo es relativo, como afirma la primera, ¿por qué aceptar como verdadera (y no solo como una mera sugerencia relativa a las necesidades de Foucault, o de los intelectuales franceses, o a la academia occidental del siglo XX) la proposición segunda de que detrás de toda enunciación no hay sino una maniobra de poder? Al socavar con la primera afirmación toda pretensión de verdad, parece socavado también el aserto universal segundo de que tras toda verdad «solo hay poder».

Sin embargo, sobrevivir a esta contradicción, e incluso aprovecharse de ella, resulta de lo más fecundo para los anhelos del *wokismo*. Ya hemos abordado en otro lugar el peculiar juego que se traen entre sí los dos elementos de la misma, por contradictorios que parezcan: nos referimos al análisis que apuntó en su día Joseph Ratzinger, el cual ya antes de ser

5 Roger Scruton, «Liberation in France: Sartre and Foucault», en *Fouls, Frauds and Firebrands: Thinkers of the New Left*, Londres, Bloomsbury, 2015.

6 Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1978.

7 Roger Kimball, «The perversions of M. Foucault», *New Criterion*, 1 de marzo de 1993.

nombrado papa Benedicto XVI aludió a esa paradoja con el nombre de «dictadura del relativismo»⁸. En efecto, tanto el teólogo y luego pontífice, como cualquiera de nosotros, puede captar de manera sencilla como el primer llamamiento (*woke*) a relativizarlo todo, sirve para desmontar, para deconstruir, para desarraigar cualquier convicción, cualquier institución, cualquier práctica que hayamos heredado en nuestra civilización bimilenaria; y es solo entonces cuando puede pasar a la acción un segundo movimiento, el que Ratzinger considera ya dictatorial, de implantación de nuevas convicciones, nuevas instituciones o nuevas prácticas (por ejemplo, la práctica foucaultiana, hoy ya frecuente en gran parte de nuestra academia, de diseccionar cualquier mínimo ejercicio de poder que pueda existir en las prácticas, instituciones o convicciones antiguas). Por contradictorias que parezcan en lo teórico, pues, ambas propuestas resultan de lo más coherentes en la práctica: solo se puede construir si antes has derribado lo que había; ponerse a relativizar (lo antiguo) es el paso imprescindible para ponerse luego a implantar (lo nuevo).

Ahora bien, en el caso de que no seamos *wokistas* y deseemos oponernos a estos planteamientos, en el caso de que no seamos foucaultianos y deseemos denunciar su «juego de manos»⁹ entre el relativismo y el reduccionismo de toda actividad humana a un único elemento (el poder), ¿cuál habría de ser nuestra estrategia?

Desde luego, tal estrategia no puede limitarse a ser la de quedarnos denunciando, ante un árbitro imaginario, esa «contradicción» de los *wokistas* y de Foucault. Que unos y otros cometan cierta contradicción solo puede resultarnos definitivo a los que aún confiamos en la importancia de no contradecirse, del principio de identidad aristotélico, y de la apuesta por la verdad que pervive en el legado griego que atesoramos; es decir, solo nos resulta un buen argumento justo a los que ya de partida no estamos ni con los presupuestos que maneja el *wokismo*, ni con los de Foucault.

¿Nos queda alguna otra vía abierta, entonces, para enfrentarnos a Foucault y su arrolladora influencia actual en todos aquellos que nos reiteran que «todo es política», en todos aquellos que en función de ello derriban todas las instituciones con aspiración de neutralidad que nos quedan (el Derecho,

8 Miguel Ángel Quintana Paz, «El papa que filosofaba», *La Gaceta de la Iberosfera*, 31 de diciembre de 2022, <https://gaceta.es/religion/el-papa-que-filosofaba-20221231-1948/>.

9 Esta es la expresión que utiliza Roger Scruton en los dos textos suyos citados, el segundo de los cuales consiste en una intensa reelaboración del primero.

la Justicia, la meritocracia, la academia, la ciencia...), en todos aquellos que quieren reducir las relaciones humanas (románticas, familiares, amicales, nacionales, entre los sexos, entre las generaciones...) a meros juegos de poder?

Mi intuición es que el mejor modo de hacer frente a todo ese legado foucaultiano es, curiosamente, aprender como los que más del propio Foucault. Y con ello no me refiero solo (aunque también) al repudio que sentía este autor ante toda política de identidad en sentido estricto — la identidad, en coherencia con lo que llevamos dicho, no era para él sino un dispositivo móvil en función de las relaciones de poder concretas que se den en una situación concreta u otra; por ello nunca abogaría por políticas específicas para «identidad» inmutable, metafísica, grupal, alguna (ya resida esta en la raza, sexo, orientación sexual, lengua, etnia o cualquier otro grupo receptor habitual cualquiera de políticas identitarias)¹⁰ — .

¿Qué otros aprendizajes nos cabe hacer desde Foucault, pues? Apuntaré, para finalizar, dos pistas útiles en la batalla cultural que nos tiene enredados.

En primer lugar, como han señalado ya Leighton Woodhouse¹¹ y Harrison Pitt¹², dado que hoy día nuestras burocracias, nuestros grandes conglomerados mediáticos hegemónicos, el *establishment* intelectual, la legislación, las instituciones educativas, los poderes estatales, las megacorporaciones internacionales... están cada vez más trufadas de *wokismo*, e implantan este a través de toda estrategia posible de poder (sea macro- o micro-), e inundan los presuntos «saberes» en que se apoyan también con este nuevo principio rector, habríamos de familiarizarnos, con ayuda de nuestro filósofo francés, a identificar todos esos mecanismos; y ello con el objetivo nítido de no caer nunca en sus redes, de cuestionarlos de forma constante y de explicar su insidioso funcionamiento a quienes no son aún conscientes de su inmenso poderío. Habríamos de aprender nosotros también a señalar todos los perdedores, todos los subyugados, todos los oprimidos por

10 Daniel Miller, «Is Foucault responsible for identity politics?», *The Critic*, 30 de diciembre de 2020, <https://thecritic.co.uk/is-foucault-responsible-for-identity-politics/>.

11 Leighton Woodhouse, «Misunderstanding Foucault», *Social Studies*, 18 de mayo de 2021, <https://leightonwoodhouse.substack.com/p/misunderstanding-foucault>.

12 Harrison Pitt, «Sympathy for the Devil: The Unlikely Uses of Michel Foucault», *The European Conservative*, 11 de septiembre de 2022, <https://europeanconservative.com/articles/essay/sympathy-for-the-devil-the-unlikely-uses-of-michel-foucault/>.

estas nuevas prácticas de poder que nos van circundando. Por poner un ejemplo bien visible: ¿no son muchos varones heterosexuales los nuevos discriminados por leyes como las de violencia de género, que les atribuyen metafísicamente (*i.e.* sin atención a cuál sea el ejercicio de poder concreto en su pareja concreta) el rol superior en sus relaciones románticas con cualesquier mujeres con las que compartan su vida? Al prestar atención a las dinámicas de poder (ocultas) que los subyugan ahí estaríamos practicando justo el tipo de ejercicio que Foucault nos enseñó.

Por otra parte, y en conexión con este aprendizaje que del filósofo francés podríamos efectuar, tengo para mí que a menudo quienes combatimos el *wokismo* nos cegamos un tanto ante el hecho (sin duda no menor, pero por desgracia tampoco definitivo) de que la verdad, el bien o la belleza estén de nuestro lado; y olvidamos diseñar estrategias más atentas a lo concreto, a desvelar el ansia de poder pequeña que tenemos aquí y ahora ante nosotros. Olvidamos también, demasiado a menudo, mantener el sosiego ante los efectos mefíticos que esos nuevos poderes están ya ejerciendo (hay un tiempo para escandalizarse, esto es, cuando nos decidimos a actuar; y hay un tiempo para permanecer impertérritos ante los escándalos que combatimos, y es el momento en que estamos luchando ya). Si se me permite la paráfrasis ignaciana, se trataría de actuar como si solo Foucault importase, aunque luego tengamos fe (en nuestra victoria) como solo puede tenerla quien está del lado de lo bueno y verdadero (dos aliados excelentes, pero que no deben distraernos del hecho urgente de que solo se implantarán en el mundo si somos capaces, si somos lo bastante astutos, como para ponerlos en obra nosotros ahora y aquí ya).

De hecho, una de esas acciones a poner en obra como si solo nuestras acciones importaran es también de índole foucaultiana (y he aquí la segunda pista que habíamos prometido para nuestras batallas culturales): estamos pensando en la *parresía* — término griego que podríamos traducir como «valentía al hablar», «franqueza», «discurso valiente» —. Es esta una noción a la que el autor galo dedicó buena parte de sus reflexiones últimas¹³.

Para Foucault, la *parresía* implica tres aspectos esenciales: que quien expone tal «discurso valiente» se halla comprometido con la verdad; que asume un riesgo por ello; y que debe, por consiguiente, educarse una y otra

13 Desde el curso 1981-1982, *La hermenéutica del sujeto*, hasta los de 1982-1983 y 1984 (respectivamente, *El gobierno de sí y de los otros* y *El coraje de la verdad*), pasando por un seminario impartido en Berkeley en 1983 y publicado como *Discurso y verdad*.

vez en el coraje. El ejemplo que nos propuso es el de cuando un *«filósofo se dirige a un gobernante, a un tirano, y le suelta que su tiranía es fastidiosa y lamentable, pues resulta incompatible con la justicia»*. Combinemos este ejemplo con la atención, también foucaultiana, a cada pequeña acción, a cada pequeña interacción entre los humanos, y nos toparemos ya aquí con la pista prometida: cualquiera de nosotros puede combatir el avasallante *wokismo* que nos rodea, cualquiera puede dar la batalla cultural, con solo convertirse en *parresíastés*, en persona que habla con parresía, en cualquier momento de su vida. No importa que uno sea grande o más menguado — de hecho, los grandes rara vez pueden ejercer la parresía (son demasiado grandes como para correr riesgo alguno por abrazarse a lo verdadero) —. Al igual que cualquier persona puede contribuir a destruir nuestra civilización con cada pequeño acto de habla, también cada pequeño acto de parresía contribuirá a hacer frente a tal decadencia.

Aprendamos, pues, de Foucault a dar importancia a cada cosa en apariencia minúscula; aprendamos de él a afrontarla con el riesgo enorme que a menudo acompaña a cada discurso *parrético*. La nueva virtud que hoy se nos exige es el coraje, *«la más importante de todas las virtudes»*, según la poetisa Maya Angelou, *«porque sin coraje no se puede practicar ninguna otra virtud de manera constante»*. Y es que va a sernos precisa mucha constancia, sin duda, para desmontar del todo esa red de poder que está ahogando, hoy por hoy, nuestra antigua civilización.